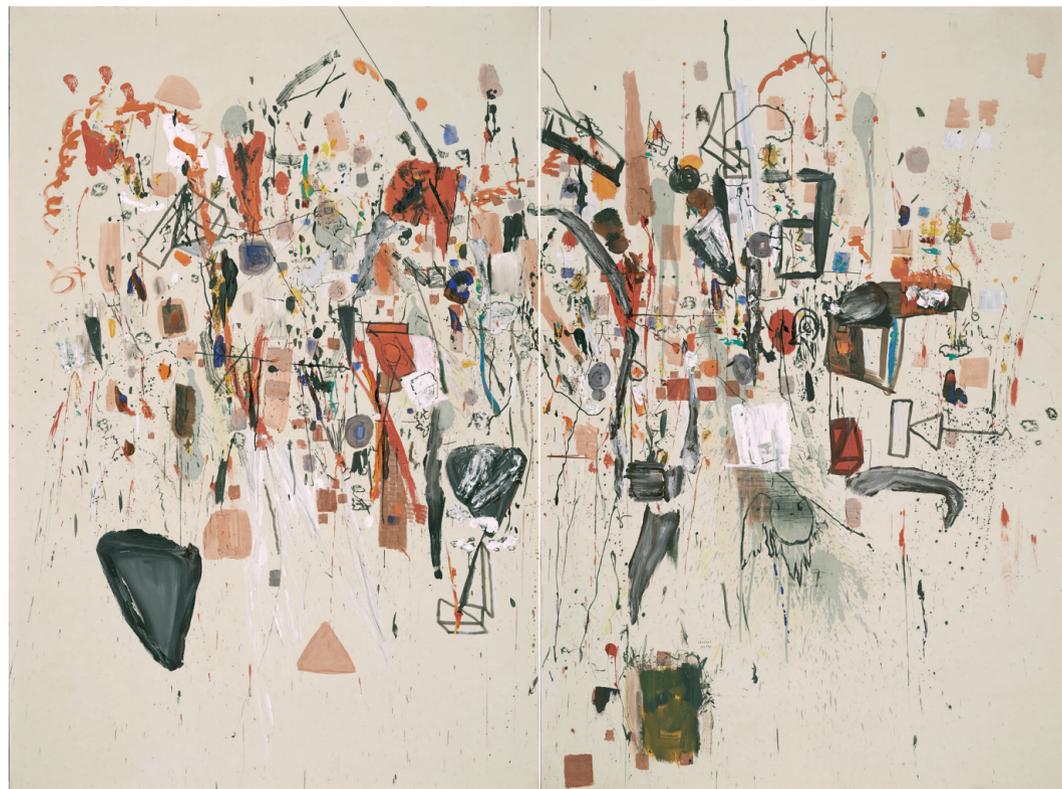


Marcelo Legrand

Por sedimentación



Quién llega, quién espera, 220 x 296 cm, técnica mixta sobre tela



Él, 220 x 296 cm, técnica mixta sobre tela



La celeste, 140 x 140 cm, técnica mixta sobre tela

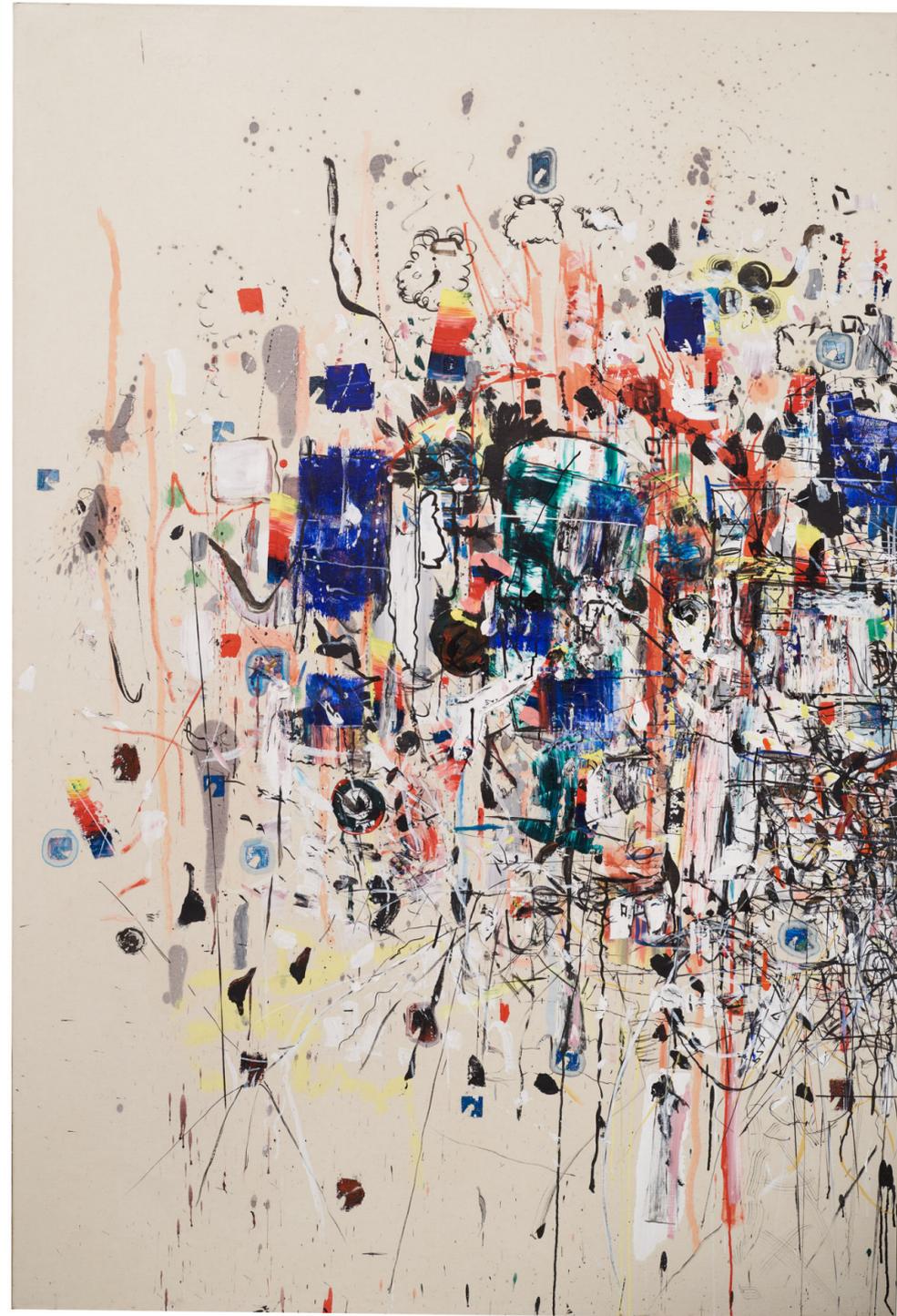


GALERIA
S U R

Ruta 10, Parada 46
La Barra, Punta del Este, Uruguay (+598) 99 68 40 99



Av. Don Pedro de Mendoza 1555,
Buenos Aires, Argentina



Multitud, 220 x 296 cm, técnica mixta sobre tela



Quién soy?, 220 x 148 cm, técnica mixta sobre tela

Por sedimentación

La larga trayectoria de Marcelo Legrand ha ido cementando un *modus pingendi* donde se invierte la postura que domina mucho abstractismo hoy, consagrado a la directa exornación, fiel a acuerdos amansadores o a cóleras estériles. Para Legrand y sus vertiginosos tinglados de color y no color, se trata, en cambio, del sistémico homicidio de cada fuga en la complacencia estética y simbólica, y ahí reside su pujanza y su autobuscado límite. La imagen más elocuente para describir su accionar es la de un explorador que rastrea territorios mientras los crea: nebulosas sorprendentes hechas de burbujeantes babas negras, manchas escindidas entre raquíticas alusiones al geometrismo y prolapso inevitables de la mácula, ritmos que se engolfan o se desplazan y rarefacen, tintas que colisionan entre sí, líneas que liberan o suprimen coágulos y masas –donando o negando protagonismos–, filtraciones que accionan desde el revés de la tela.

Se trata siempre de construcciones elaboradas que no abanderan ninguna “pureza” del cuadro ni delirio autárquico greenbergiano, sino que se hacen sismógrafos del estado, intensamente problemático, de la abstracción misma. Una abstracción que tiene que seguir existiendo, como enunciado balbucientemente conflictivo de un psiquismo que no es sólo personal, sino colectivo, aún cuando parezca, por momentos, haber perdido su soporte social, por desgaste. Legrand enfrenta también ese nudo: nada casual que sus enormes cuadros carezcan de un fondo pintado, y exhiban la tela “casi” cruda –la textura apenas velada por una mezcla de cola de conejo y tiza que baja el tono blanco original dejando sin embargo la “sensación” de la fibra virgen–, elemento especular al vacío dejado por el apaciguamiento del debate en torno a lo informal, con su hipotética y luchada amenaza a la figuración. (Y la figuración regresa, como fuese en incubación, en las deformidades legrandianas por medio de ese “complejo” de Rorschach que todos custodiamos consciente o inconscientemente).

Si el informalismo aletea sin ramas donde descansar, los grumos y líneas y chorros de Legrand se expanden sobre la trama sedosa del lienzo, mimándola y minándola, pero sin mezclarse realmente, en su conjunto, a ella y a la nada que representa, escapando así al fin de su historia. Como el mismo artista ha declarado, todos sus cuadros terminan varias veces, acción diferente a la de no finalizar la obra, a la de dejarla abierta. Es más, por ende, que un sencillo y febril pintar perpetuamente in progress o un encomio de lo

inacabado: las telas de Legrand (por ejemplo, en esta instancia, sus tres monumentales dípticos), algunas trabajadas durante años, mueren y nacen cíclicamente, dejando estratos –cuadros sobre cuadros dentro del mismo marco–, capas decantadas de tiempo y color, sedimentadas en laberintos de los que la mirada no quiere salir.

Riccardo Boglione

El texto es reelaboración de la presentación escrita para la muestra Marcelo Legrand: Expansiones (2014)